

**Adriana Valdés**  
**COMUNICACIÓN DEL PREMIO ACADEMIA 2020 A DON RAFAEL**  
**RUBIO**  
**Santiago, 28 de septiembre de 2020**

El Premio Academia se otorga todos los años a la mejor obra literaria de un chileno publicada en el país el año anterior. Nunca es decisión fácil la de un jurado, integrado esta vez por Óscar Hahn, Premio Nacional, y por el presidente de nuestra comisión de Literatura, el gran escritor Carlos Franz, además de por mí. En 2019 se publicaron muy buenas obras, y nuestros finalistas, cada uno en lo suyo, mandaban fuerza, como se dice en Chile... Felicitaciones a todos, que espero ir haciendo públicas. Y felicitaciones a Rafael Rubio, el poeta que hoy premiamos.

Finalmente, se impuso *Viernes Santo*, un libro de poesía estremecedor, editado por UV. En un año también estremecedor, en que hemos enfrentado la violencia, la pandemia y la muerte. No lo elegimos por eso, pero escribir estas líneas me lo ha puesto en evidencia. Este libro no se mueve al ras del suelo de nuestra existencia cotidiana. Es un libro que abre otras dimensiones, bíblicas, al sufrimiento colectivo de la muerte y la carencia, y también al sufrimiento personal de la muerte, de la carencia. Necesitamos, de la poesía, esas dimensiones, sobre todo ahora, cuando muerte y carencia irrumpen en tantas vidas.

El amor y la muerte, eros y tánatos: la poesía, y mucho más tarde Sigmund Freud, opusieron estos polos de la vida humana. Tenemos en la poesía chilena un libro muy famoso, *Mal de amor*; este otro, *Viernes Santo*, podría ser su contrario, el *Mal de muerte*. Un tema, infinitas variaciones. El poeta inglés John Donne, en el siglo XVII, habló del mal profundo del alma y dijo «For he tames it, that fetters it in verse», es decir, lo doma, como a un potro digo yo, quien logra ensillarlo en unos versos. Es lo que hace en este libro el poeta Rafael Rubio. Si el animal fuera el suicidio, el tremendo tánatos, el deseo de muerte, ese otro deseo que consume al ser humano, he aquí los versos que lo ensillan.

Alberto, Armando, Rafael Rubio. Tres poetas, tres épocas, tres talentos poéticos sucesivos. En *Trances*, el Alberto inolvidable trataba de poner las ataduras del verso al duelo por su hijo, Armando, el padre joven del niño Rafael.<sup>1</sup> En *Viernes Santo*, Rafael Rubio, el poeta, se encuentra en trance de muerte dos generaciones después, cuando el tinglado religioso se ha desmoronado y el sinsentido reina en las sociedades y en las experiencias de los seres humanos, y en esas casas y mesas terribles que pueblan su poesía: «Ya nadie encuentra a nadie en esta casa/ porque esta casa es el revés del cielo», dice en un poema. Y en otro: «La muerte está en la taza/ en el plato sin mesa/ en la mesa sin casa/ en la casa sin pieza/ en la pieza sin gozo/ donde yace el esposo/ con su sola tristeza».

Pensando en estas trenzas de sentido que van haciendo la rima y el ritmo, las redes sociales –tan despreciadas por algunos– me trajeron una observación de Wislawa Szymborska: «La poesía es, ha sido y será siempre un juego y no existe un juego sin reglas. Es algo que los niños saben perfectamente. ¿Por qué lo olvidan los adultos?». Para ensillar los dolores, los pensamientos de suicidio, uno de los juegos es darle forma de una cueca, que termina así: «Santo suicidio ay sí/ rezo y me mato/ esta vida tan negra/ me tiene chato./ Si te matas me alegre/ dijo mi Suegro».

Bueno. Debo terminar, dar el ejemplo de brevedad, pero me cuesta. Tanta poesía que se revive en estas páginas. «Yo puedo reiterar la poesía», escribió Lihn. Romero, Hahn, Arteche, el fantasma de Stella Díaz Varín, David Rosenmann: todos aparecen. Bécquer, por

ejemplo, en una casa donde los muertos nunca quedan solos. Vallejo. Rimbaud tiene una cueca, Verlaine también, hay textos de Iluminaciones, hay un feroz «Rafael» escrito desde sus enemigos, en fin. Hay mucho en este libro, de poesía, y también de la época que nos toca vivir, y que resumo en el título de un libro de Habermas: «La conciencia de lo que falta». En palabras de Rafael Rubio, «Aunque no crea en ti, mi Dios, te creo/ todo lo que me zumbas al oído (...). Eres lo que no soy, lo que me falta...». Muchos tratados de teología negativa envidiarían esta formulación poética.

Tremendo, este libro, y lo que hace no podemos definirlo, salvo agregar dimensión a las desgracias que nos afligen, salvo subir el techo de cuanto sentimos y pensamos en circunstancias como son las de hoy, insólitas y aterradoras. Felicitaciones, Rafael Rubio, por este merecido premio.

---

<sup>1</sup> Premio Academia 1988.